



La PARED del CANTÁBRICO

A poco más de 15 kilómetros del Cantábrico y coronada por cumbres que superan los 2.600 metros, los Picos de Europa fueron la señal más certera de la llegada al continente por vía marítima. Eran tiempos en que la navegación era más un arte que una técnica. Declarada recientemente Reserva de la Biosfera, esta mole caliza constituye el corazón de la cordillera Cantábrica, no sólo por su céntrica situación, también por albergar su orografía más abrupta y sus picos más altos. 200 de ellos superan los 2.000 metros de altitud, en una franja de 40 kilómetros de longitud y 20 de anchura. Unos datos que permiten hacerse una idea de la magnitud y la majestuosidad de este espacio montañoso.

Hielo, agua y erosión

Aunque a los Picos de Europa se les debe considerar como un todo, bien es cierto que también se pueden distinguir claramente tres macizos orográficos bien definidos. Por un lado está el macizo occidental, o de Cornión. Este es el más extenso y rico en contrastes. Su altura máxima es la Peña Santa de Castilla, con 2.596 m y de su delimitación se encargan los cauces del Dobra-Sella, por el oeste, y por el este el río Cares. Este último, junto con el Duje, marcan las fronteras naturales del macizo central, también denominado de Urrieles. Esta porción es la que presenta los escarpes más abruptos y las mayores cotas de altitud de toda la cordillera. Torrecerredo (2.646 m) es la más alta y se hace acompañar por otras cumbres emblemáticas como Peña Vieja o el mismísimo Urriellu, al que fuera de aquí se le conoce como Naranjo de Bulnes. Cerrando por el este y con el río Deva como delimitador, el macizo oriental, o de Andara, es más reducido en extensión y altura, pero no en espectacularidad. La Morra de Lechu-



gales (2.444 m), su cota máxima, se alza de manera tajante y desnuda frente a los ondulados y verdes relieves de la comarca de Liébana.

Desde la génesis de estas montañas, sus formas han ido siendo modificados por la acción erosiva. Dos han sido sus principales procesos de modelado. La karstificación es el proceso de disolución y erosión de la roca ca-

Asturias,
Cantabria
y
Castilla León

Localización concreta:

En el vértice entre Asturias, Cantabria y la provincia de León. Entre Covadonga, al oeste, Tresviso, al este y los puertos de San Glorio y del Pontón por el sur.

Superficie:

64.660 hectáreas.

Fecha de nombramiento como

Reserva de la Biosfera:

2003.

Cómo llegar:

Existen varias posibilidades. Desde Cangas de Onís, tomar la AS- 114 y desviarse hacia Covadonga; desde Arenas de Cabrales en dirección a Poncebos; desde Potes a Fuente De y desde Riaño por la N- 625, poco antes de coronar el Pontón, desviarse hacia Posada de Valdeón.

Principales valores naturales:

La mayor formación caliza de la Europa atlántica, con interesantes muestras de erosión glacial y lagos de montaña. Ecosistemas ligados al bosque atlántico. urogallo, lobo y oso pardo.

Texto:

Roberto Anguita.

Fotos:

Roberto Anguita.

Naturmedia.





liza. A él se deben los desfiladeros tan espectaculares como el del Cares o el de la Ermida; además de otras manifestaciones como los campos de lapiaz, las depresiones y las innumerables cavidades que horadan este sistema. Como muestra de la importancia de éstas últimas, tenemos que el 10 por ciento de las simas de más de 1.000 metros de profundidad de to-

do el mundo se encuentran en los Picos de Europa; o que son más de 4.000 las cavidades exploradas. Parece claro que sin este proceso, el aspecto de estas montañas sería radicalmente distinto. Pero los Picos de Europa también son lo que son gracias al modelado glaciar. Éste tuvo su mayor auge durante el Cuaternario y sus manifestaciones no se encuentran

demasiado bien conservadas, precisamente porque el proceso kárstico ha ido disolviendo algunas de ellas. De todas formas, aún es posible contemplar algunas de las huellas dejadas por el hielo. Los valles glaciares de la Vega de Enol, o los de la Canal de Balcosín, son ejemplos que ilustran fielmente este fenómeno; del que también quedan algunos depósitos morrénicos excepcionalmente bien conservados, como los que se pueden encontrar en la zona de Entrelagos y la Llomba del Toro, éste último en las Vegas de Álba. Pero si hay un fenómeno geológico característico de estas montañas éste, sin duda, lo constituyen los hoyos glacio-kársticos, o *jous*, formados al alimón por ambos procesos. Se trata, en esencia, de grandes depresiones que llegan a superar un km de diámetro y 100 m de profundidad; y que fueron excavados originalmente por el hielo,

pero más tarde magnificados por la acción erosiva del agua.

Pero también bosques y fauna

Para mayor gloria de este espacio natural, sus valores no terminan en la elegancia y singularidad de su piedra. La reserva destaca, entre otras cosas, por contener extensas masas foresta-



les en un excelente estado de conservación. La composición de éstas tiene mucho que ver con la altitud, pluviometría y tipo de suelo; por eso oscilan desde los hayedos que ocupan el piso montano, a los robledales, bosques mixtos y de ribera del pico colino. También se dan magníficos encinares aferrados a los cantiles rocosos y, en general a los suelos más pobres en nutrientes. Nos encontramos en plena España húmeda y la generosidad de la lluvia permite que la vegetación de los Picos de Europa luzca un verde

permanente. Tanto es así que la zona comprendida entre la cordillera y el mar, está considerada como la de mayor productividad vegetal de toda la península. Un inmenso vergel en el que además de las especies citadas, se pueden encontrar multitud de frutales silvestres, tilos y hasta una docena de endemismos botánicos, entre los que destaca por popularidad y delicadeza la azucena silvestre.

Son muchos los tesoros biológicos que encierran estas montañas, pero el de mayor relumbrón es sin duda el oso

pardo. A este plantígrado todavía es posible sentirlo en las inmediaciones de la reserva. Sobre todo en la parte leonesa que es, por tranquila y bien surtida de frutos y otros comestibles, la que presenta mejores condiciones oseras. Pero no es la del oso la única presencia que merece mención; el parque cuenta con un nutrido destaca-

mento de fauna genuinamente cántabra. El aullido del lobo sigue resonando por estos lares, al igual que el tamborileo del pito negro o el canto de la perdiz pardilla. El rebeco es objeto de un censo que permita determinar con rigor un número que se estima en unos 6.500 ejemplares. Otra especie que está siendo objeto de atención es el urogallo cantábrico, una de las aves más amenazadas de toda la cordillera. La regresión que viene sufriendo esta gallinácea resulta preocupante, ya que si en 1982 se censaron 582 machos, en la actualidad este número ronda los 200 ejemplares. Por eso las autoridades del parque han desarrollado un programa específico de conservación para la especie, coordinado con los planes de manejo de fauna de las comunidades autónomas. La intención es acabar con el furtivismo y otros problemas que amenazan a la especie como la fragmentación y destrucción de su hábitat o las molestias humanas.

Pese a no ser una especie presente habitualmente en los Picos de Europa, el quebrantahuesos se beneficia actualmente de un programa de seguimiento de los ejemplares erráticos que buscan nuevos parajes para instalarse. Las observaciones que se producen regularmente alientan la esperanza de que la especie recolonice lo que fue una de sus áreas de distribución hasta 1970. En caso de llegar a producirse esta vuelta a casa, seguro que los quebrantahuesos encontrarán acertadas las medidas de conservación de las diferentes razas ganaderas autóctonas. Desde hace años se viene abordando un estudio sistemático que recoge toda la información relativa a patologías, tratamientos preventivos, características del ganado y censos poblacionales. El fin último es crear una reserva genética de las razas adaptadas a la fisonomía de estos parajes, como son las vacas casina, ratina y tudanca. 

